


producción, que les cuesta a los países de la OCDE 10 mil millones de dólares en subsidios, genera crisis alimentaria, hambrunas, presión inflacionaria adicional sobre la economía mundial y acelera la deforestación principalmente en Indonesia, donde se destruye el bosque para sembrar vastas plantaciones de palma de aceite, un cultivo que tiene serias repercusiones sobre los bosques tropicales, sus habitantes y su biodiversidad, pues produce deforestación y contaminación de suelos, agua y aire por el uso de agroquímicos, así como conflictos comunitarios y empobrecimiento de las poblaciones locales.

En suma, el mercado de los bonos de carbono está generando más problemas de lo que presuntamente evitaría, aunque ha producido un muy rentable sector de negocios. El autor sostiene que, sin proponérselo, el Protocolo de Montreal para controlar los gases que deterioran la capa estratosférica de ozono ha hecho mucho más en la lucha contra el calentamiento global que el Protocolo de Kioto, con un costo más modesto y sin controversias. Pero el Protocolo de Montreal opera sobre bases distintas a las de un mecanismo de mercado; se trata de asistencia financiera para transferir tecnología al mundo en desarrollo a través de un "Fondo Multilateral". Este enfoque podría extenderse al rango completo de los "poderosos gases industriales de efecto invernadero" (PIGGS, por sus siglas en inglés).

Kyoto2 sugiere diversas medidas, tanto dentro del mecanismo principal del Protocolo como externas al mercado, poniendo los recursos donde más se necesitan y donde podrían ser más efectivos, tales como financiar la adaptación, pagar a los países pobres para restaurar y mantener bosques y otros ecosistemas naturales en buenas condiciones, con respeto a sus habitantes, dueños y usuarios tradicionales; financiar investigaciones de técnicas de baja emisión en agricultura y sistemas agrícolas resilientes a los impactos del cambio climático y a desarrollar y difundir guías de buenas prácticas; financiar investigación y desarrollo en producción de energía renovable y limpia, y su uso eficiente, mediante estándares apropiados para la eficiencia energética en industria, construcción, vivienda, transporte, electrodomésticos, entre muchas otras propuestas.

Cada capítulo aporta una gran cantidad de cifras en apoyo a las afirmaciones del autor, recuperando además, algo poco usual en el mundo académico, numerosas referencias periodísticas que van midiendo

el pulso de muchos temas políticos. Una lectura recomendable para empezar a ponerse en sintonía con el reto de Cancún en pocos meses. 



Yasutaka Tsutsui,

Estoy desnudo,
Trad. Jesús Carlos Álvarez,
Atalanta,
Girona, 2009,
200 pp.

Fernando Figueroa Sánchez*

Reseñar *Estoy desnudo*, de Yasutaka Tsutsui, es entrar a un juego en el que se es derrotado de antemano. Reseñar es un acto fiel de descripción y, quizá, una ocasión para invitar a conocer una obra mediante artificios útiles de la palabra y la razón. Pero el nipón autor de estos cuentos, también director de teatro, ha transmutado a tal grado estas categorías, que lo real y lo no-real con que pudiesen ser reseñados correrían el merecido riesgo de desvirtuar su sentido fundamental.

Yasutaka Tsutsui (1937) ha sido actor, cuentista y novelista y sus trabajos se han adaptado al manga por su tendencia a lo fantástico; ha obtenido importantes premios como el Yasunara Kawabata (1989) y se le condecoró Caballero de la Orden de las Artes en Francia, a pesar de que no ha sido precisamente muy estimado en su natal Japón por su sarcasmo. Tachado de humorista negro, ha sido contestatario a ciertas políticas del gobierno.

Habrá que estar en guardia con este libro de relatos. Como ocurrió con su *Hombres Salmonela en el planeta porno*, nunca se sabe si el viaje que nos propone este

* Licenciado en Ciencias de la Comunicación y Filosofía y maestro en Comunicación por la UV. Es catedrático de Habilidades del Pensamiento Crítico y Creativo en distintas facultades de esta misma casa de estudios.

japonés traerá un desenlace trágico, o si en el envés hallaremos la ironía entremezclada con el más profundo de nuestros horrores posmodernos. Por si fuera poco, la sencillez literaria con que los narra, por sí sola es mofa y picardía, como si nos convenciera de observar problemas por demás graves que no vemos y luego se carcajeara por la seriedad que hemos puesto en ellos.

Estoy desnudo está conformado por ocho cuentos que incluyen al que da nombre al volumen, así como el terror a lo despiadado de los hombres en “Maneras de morir”, o las ocurrencias de “La ley del talión”, “Líneas Aéreas Gorohachi”, “Articulaciones”, “El día de la pérdida”, “El peor contacto posible” y “La embestida del autobús loco”.

Los cuentos de *Estoy desnudo* son una alegoría a la irreverencia, que a ratos recuerda las historias de William Vollmann o de Raymond Carver; con la obra de este último Tsutsui comparte –espero que por casualidad– el haber podido ser llevada al lenguaje del cine. En efecto, los mejores cuentos del norteamericano seleccionados por el director Robert Altmann se conjugan en *Shortcuts* (1993) a través de una colección de sucesos citadinos y vidas que en algún punto se cruzan para culminar en el absurdo. De igual modo, en 1989 *Estoy desnudo* fue llevado a la semiótica del séptimo arte bajo la dirección de Yasuo Tsuruhashi.

El “Estoy desnudo” de Tsutsui es tragicómico; no podría ser de otra forma cuando a una meretriz casada y un joven soltero los coge un incendio en su cuarto de hotel, en medio de su tercer orgasmo, y los orilla a montar una malvada escena: ella se preocupa más por su pudor, buscando sus bragas, que por su vida; mientras que él, una vez en la calle, deberá dormir y hacer sus necesidades fisiológicas en un mismo rincón para evitar a la gente y tratar de cruzar la ciudad aplastado por una inaudita culpabilidad a causa del siniestro, pero sintiendo el rechazo social cada vez que los transeúntes pasan y señalan “qué mal huele aquí”. Si en “Los caminos de la vida”, Ralph Emerson no quedó satisfecho con la definición de Aristóteles sobre lo cómico, “lo que contiene dolor y peligro se torna trágico, si no, es cómico”, confieso no quedar satisfecho con la de ambos definidores; no después de toparme con la comicidad de Tsutsui. Pero otra cosa es disfrutar su prosa. Su estilo sumamente sencillo hace que pueda verse como una radiante parodia del hombre contemporáneo, que va del relato fantástico a la distopía.

El cuento “Maneras de morir” es una sórdida parodia del modo en que los humanos hacemos frente a

la muerte con el escudo de nuestra postrera espiritualidad; cuando un *oni*, o demonio, irrumpe en una oficina, y los descalabra uno a la vez, estos minutos y acaso segundos restantes de los burócratas presentes –incluido el narrador–, va desvelando una atmósfera irrespirable que los deja ante la verdadera naturaleza humana oculta bajo la piel del día a día: su egoísmo, ambición e hipocresía, o su llano pesimismo; es difícil no reconocer en esta pieza de Tsutsui el espeso humor de Ambrose Bierce cuando, por ejemplo, después de rezar y rezar –viendo al *oni* destrozar la cabeza a sus compañeros–, la secretaria que se persigna, y ofrece su otra mejilla cristiana, con una compasiva expresión de amor, sonríe al demonio buscando clemencia sólo para ser desollada por éste de pies a cabeza, mientras salpicado en vísceras, con un socarrón rugido, el enrojecido monstruo se limita a expresarse de ella diciendo: “¡será estúpida!”

Yasutaka Tsutsui puede verse como un cuentista fantástico a la Stanislaw Lem o con una imaginación del tipo de Marcel Schwob o Jorge Luis Borges; pero a Tsutsui no le interesan –como al autor de *El congreso de futurología*– los dilemas emocionales que recaen en las contradicciones de lo científico, ni tiene –del creador de *Vidas imaginarias* y *El Aleph*– la elegancia metafórica o el refinado lirismo; no obstante, su profundidad psicológica y humor, al igual que el grado de compromiso de sus ficciones, es tan genial como el de estos grandes.

Por eso es recomendable entretenerse con Tsutsui, por el humor nipón con sabor a *manga*, porque sus narraciones no son tan rebuscadas pero dibujan con un lenguaje del *manga* los asuntos del presente en carne viva. Hubiese sido sencillo recomendar *Estoy desnudo* con sólo argumentar que la editorial Atalanta pidió al autor que reuniera sus mejores cuentos; pero no está de más recobrar frescos de este compendio como “Líneas Aéreas Gorohachi”, donde el destino alcanza a los dos turistas de la isla Teta en las más inverosímiles circunstancias, o “Maneras de morir”, “El peor contacto posible”, ¡ah!, y ese hilarante refrigerio con el que cierra, que quizá nos recuerda en algo la psicosis que hoy padecemos: “La embestida del autobús loco”, donde la lujuria y las prisas del hombre vuelven a ser tema de reflexión. ¡Cómo le hacía falta a las letras el contraste filosofía-literatura!, le hacía falta un Tsutsui, una verdadera llave posmoderna para entrar en una paradoja disfrazada de dilema: el que los cuentos sean el dilema y la realidad el cuento. 🍷